

LAS TERTULIAS TÁCTICAS DE ACAPULCO Y EL ALEMÁN CÍBER... ¿GUERRA?

Aramís*



De acuerdo a nuestros veteranos amigos, uno de los efectos positivos del fenómeno de “El Niño” es la prolongación del invierno. Como se recordará, el verano y sus vacaciones asociadas (a las que solían referirse como “el hastío del estío”) constituyen una época insufrible para Acapulco y su amigo el Alemán. Ambos habían contraído matrimonio con sendas extranjeras –sino tardíamente, después de una soltería aprovechada *in extremis*– : Acapulco, con una española de Valencia y el Alemán con una teutónica oriunda de Valdivia. Ellas, después de una juventud matrimonial estoica, en la que

nuestros héroes gozaron en la mar, mientras sus “respectivas” aparejaron el hogar en puerto, parecían empeñadas en demandarles satisfacciones de la más variada índole. Nuestros amigos, encaraban la situación con la misma estoicidad con que enfrentaron las guardias de 02:00 a 08:00 parecen interminables, pero eventualmente se acaban. Además, muchos camaradas de mar compartían la misma suerte: Montenegro,

submarinista de alcurnia y tradición, vivía su exilio entre tomates limachinos; otro de ellos, grande y apreciado amigo cuyo nombre injustamente olvido, quien cambió su periscopio y mesa de ploteo por la pluma y el escritorio. Según el corrillo malintencionado, de él incluso se decía que había incursionado el negocio revisteril, intentando montar en Pancho un símil a aquellas revistas de luces y oropel que abundan en la capital. Sólo la mirada atenta de su pía esposa lo había salvado de la bancarrota. Incluso el mismo holandés Van Nichons, otrora as de la

* Pseudónimo.

electrónica y guerra antiaérea, había montado, con su oriental compañera de toda la vida, un negocio de bijoutería y gastaba las últimas millas de su corredera entre talleres y artesanos.

Un punto de encuentro

Pese a todo, las tardías lluvias de este año, habían permitido a Acapulco y el Alemán continuar sus periódicas reuniones en Valparaíso, gozando de un buen trago, de conversaciones interesantes, de buena vista y –lo mejor– de la presencia de buenos amigos. Pronto el calor los haría “cambiar de tenida”. Esa expresión, aprendida cuando cadetes, significa para muchos mudar la ropa de invierno por la de verano. Pero para nuestros amigos, el “cambio de tenida” consiste en cambiar el bar de sus reuniones. En efecto, en verano los amigos preferían libar sus brebajes favoritos en el Samoiedo, en Viña del Mar. Su práctica preferida era el “alesio”, costumbre que consistía en reunirse al atardecer, para “bajar algunas estrellas”, denominación vaga usada para algunas desprevenidas veraneantes, a quienes se esforzaban en conquistar, más para alardear el uno frente al otro que otra cosa.

Pese a todo, era la conversación de temas según ellos trascendentes, lo que más agradaba a nuestros acorazados. Los tópicos eran siempre los mismos, debatidos una y otra vez, *ad nauseam* y sin llegar a acuerdo: ¿Hizo bien Jellicoe al formar la línea de frente por la banda que lo hizo en Jutlandia? ¿Por qué el almirante Iachino no abandonó el Pola a su suerte en Matapán? ¿Cómo el comandante del “*San Luis*” no intentó otro ataque?, ¿era apropiado el plan EMCON del HMS “*Sheffield*”?... etcétera. Ambos defendían alternadamente la situación, tomando parte a favor o en contra del afectado dependiendo de su grado étlico y alargando la conversación indefinidamente.

Adaptándose a los cambios

Así es como, aprovechando la aproximación de un tardío frente de mal tiempo, los dos marinos bebían conversando animadamente en su bar acostumbrado, mientras “Roblecito”, el palurdo y afeminado mozo del lugar sufría sus continuas bromas. El tema del día fue

primero “el cambio”, motivado por el arribo de una gallarda y buenamoza oficial femenino de la Armada. Al arribo de la teniente, ambos amigos se miraron y el Alemán sentenció “Todo Cambia”, lo que fue respondido por un “salud” de “Acapulco”, expresión que éste exclamaba con la misma solemnidad con la que una beata dice “amén”.

La oficial era muy menor para ser blanco de las miradas *non sanctas* de los amigos, pero pronto hicieron aparición sus dos invitadas. Mujeres que si fuesen buques bien podrían ser fragatas: sobre 40 pies de eslora, de líneas gráciles y equipadas tanto con un buen aparejo (para deleite del Alemán, quien gustaba de las teutónicas), como de una borda amplia que facilita la virada por redondo, como pronto notó Acapulco.

–“Hache” dijo El Alemán cuando entraron. Luego, al verlas sentarse con la subteniente, con quien gozaban de un parecido que hacía suponer algún parentesco, Acapulco exclamo: “Ciertamente amigo mío, todo cambia. Pero has de aceptar que detrás del cambio existen constantes, cuya observación es lo que el marino inteligente ha de descubrir. Fíjate en ellas y admira aquellas gentiles constantes que se traspasan de generación en generación.”

–Mmmmmm, agregó el Alemán, ¿caemos en la aparente dicotomía entre el cambio y la conservación?

–¡*Mon Dieu, non!* Respondió Acapulco. No hay tal dicotomía. Solo digo que bajo el cambio subyacen constantes: *alors, plus ça change, rien change.*

–De tu franchute, amigo mío, nada entiendo, mintió El Alemán. Sin embargo, te sugiero las designemos Col y hagamos algún esfuerzo para elevar su clasificación al de CCol... al menos, agregó.

Y en eso estaban, cuando sonó el teléfono de una de ellas. La afectada, con gracia y destreza, levantó un “tablet” y respondió el llamado, mientras nuestros héroes la miraban con detención.

Fue el Alemán quien –quizás pensando en voz alta– encendió la conversación preguntando: ¿Te imaginas Acapulco que algún día la interacción humana quede completamente reemplazada por lo virtual?

-No, *jamais!* respondió Acapulco, aunque me intriga cómo el lenguaje emplea palabras que llevan al engaño de la mente. Piensa en “navegar”. Hoy se “navega” en la web... pero también en la mar, ¡y más que nunca! La “navegación” de la web no reemplaza la navegación en la mar...

-¡Exacto!, lo interrumpió El Alemán. Te pongo como ejemplo -continuó- “ciberguerra”... una mala traducción de “cyberwarfare”, por cierto. Cabe destacar que la aparición de acciones en el ciberespacio en absoluto ha disminuido la brutalidad de la guerra y cualquier duda al respecto, un miembro del ISIS estaría dispuesto a aclarárnoslas rápidamente, ¡y al precio de nuestras cabezas!

-Lo que pasa, Alemán, respondió Acapulco, es que continuamente se han ido añadiendo al espectro del conflicto humano nuevas dimensiones de interacción. Primero, la guerra sólo se desarrolló en tierra. Luego, se incorporó el mar. Más adelante, gracias a la invención del avión, la guerra se libró en el aire. Casi simultáneamente se iniciaron las acciones en el espectro electromagnético y ahora, en el ciberespacio, sin mencionar el creciente empleo del espacio para fines militares, completó Acapulco.

-¿Y cuál sería la constante aquí?, se preguntó el Alemán.

-La constante, amigo está determinada por dos elementos: primero, la tecnología añade dimensiones al conflicto. Segundo, el grado de control factible en los planos agregados es cada vez más precario.

-Mmmm, repuso “El Alemán” si el grado de control es precario, el efecto estratégico es limitado... Pero indudablemente el control del mar es más precario que el obtenido en tierra... y el control del aire de mayor imperfección aún. Quizás el control del ciberespacio es una quimera.

-Tienes razón, repuso Acapulco, pero como cada conflicto es único, habrán algunos en los que cierta dimensión del conflicto cobre un valor preponderante, lo que no es sinónimo ni de “único” ni de “excluyente”. Clausewitz, tu héroe, ya lo dijo: “la primera necesidad es advertir la naturaleza de cada guerra...”

El Alemán quedó pensativo. Por su mente cruzaban miles de ideas relacionadas con infantes chilenos combatiendo agobiados por el sol y la sed en el desierto de Atacama el año 1879. Con heroicos marinos a bordo de una corbeta canadiense protegiendo un convoy en el gélido Atlántico norte en 1943. En valientes pilotos argentinos volando un pequeño Super Etendard entre los temporales en el Atlántico Sur el invierno del año 1982. Todos entre las fatigas y los peligros mortales propios del combate, o lo que Clausewitz genialmente había denominado “La Fricción de la Guerra”... ¿serían ellos reemplazados por un Nerd o en el mejor de los casos por un Geek, comiendo pizzas frente a un computador?

El abordaje

La tertulia hubiese proseguido olvidando la presencia de la oficial y sus dos atractivas acompañantes de la mesa contigua, si no hubiese sido porque ella se levantó y –levantando un teléfono inteligente– hizo el ademán de sacar una foto a sus compañeras. La situación, advertida por Acapulco fue explotada de inmediato: Haciendo gala de la misma complicidad que los había hecho famosos otrora, cuando la dupla formada por la fragata del Alemán y el helicóptero de Acapulco resultaba invencible en ejercicios antisubmarinos,¹ bastó una seña de uno para que el otro se pusiera de pie y prácticamente le arrebatara a la oficial la cámara de las manos.

-“Tome asiento entre sus dos hermanas, señorita, que yo le tomo la foto a las tres” sentenció El Alemán, con un tono que no admitía dudas.

Las dos parientes de la oficial sonrieron aduladas ante el piropo encubierto del “Alemán” y la oficial –sorprendida– se sentó entre ellas.

Inmediatamente, y diciendo por lo bajo “soy buque cooperador”, Acapulco se puso de pie y exclamó: “buenas tardes, ¿sería mucho pedirles también una foto de nosotros dos con la distinguida oficial que las acompaña?”

Una de las “fragatas” –sonriendo– alegó “discriminación”, ya que supuestamente por el

1. El mismo Montenegro había sido blanco de muchos ataques simulados de la dupla. El “bang” de cada explosión de esas bombitas usadas en ejercicios reafirmaba a Montenegro cuan formidables eran sus contendientes, lo que sólo estaba dispuesto a reconocer frente a los pelicanos del bar del “chute” y después de una cuantiosa inversión en trago por parte de nuestros héroes.

uniforme, los dos galanes sólo requerían una foto de la menor de las “hermanas”, apelación que le valió una mirada de extrañeza y reproche de la teniente.

¿Discriminación?, se preguntó Acapulco. “¡Pas de tout chérie!”, y agregó: Y no la hay, porque espero que luego ustedes nos acepten, como compensación, una copa en nuestra mesa.

La salida de Acapulco provocó una sonrisa cómplice de las fragatas y nuevas miradas de extrañeza de la joven oficial. La extrañeza se acrecentó aún más cuando el Alemán le dijo en voz baja, pero firme: “Ud., despreocúpese y proceda independientemente al fondeadero asignado”. Ella, sin embargo, reponiéndose exclamó: “Mamá, prometiste acompañarme...”

En ese instante, la extrañada pasó a ser una de las “fragatas”, ya que el Alemán le dijo a Acapulco: “¡Eureka!, la otra constante reside en el proceso de adaptación de las fuerzas armadas a la tecnología emergente y a su dominio asociado.”

Te explico, prosiguió el Alemán: Primero, algunos creativos advierten la posibilidad de incorporar la tecnología emergente a las operaciones. Obviamente hay resistencia, ya que normalmente en las FF.AA. hay competencia por recursos y a veces por cuotas de poder. Entonces, aparecen los “profetas”, que sostienen que la nueva tecnología es “decisiva”, cuando no “suficiente y excluyente”. El que no la incorpore, se sostiene, morirá. A veces, el entusiasmo es tal, que lleva a crear una nueva arma, se priva del nuevo ingenio al resto de las instituciones o todo lo anterior. Con el tiempo, el entusiasmo irracional cede a la realidad. La tecnología se incorpora a las operaciones aceptando sus limitaciones y la nueva herramienta se

disponibiliza a los medios tradicionales... ese proceso se repite y repite cada vez que una nueva tecnología y su dominio irrumpen en el combate.

Acapulco miró complacido y agregó: Fíjate como ese fue el camino seguido por el Poder Aéreo, que hoy tiene bien ganado un lugar en las operaciones. Y quizás sea el mismo que sigue cíber... cabe agregar que si no es por los que tú denominas “profetas” como Dohuet, Billy Mitchel y otros, el arma aérea jamás hubiese ganado el sitio que merece...

La retirada

Mientras proseguía la conversación, la joven oficial triunfaba en sus empeños por llevarse del bar a su madre y a su tía. Nuestros amigos, entusiasmados por la discusión estratégica habían olvidado el primer principio de la guerra: “mantención del objeto”. Y así, mientras el Alemán elaboraba su teoría de la adaptación, usando como ejemplo el efecto en la *Wehrmacht* de los escritos de Sir Basil Liddel Hart, previo a la Segunda Guerra Mundial, —lo que Acapulco negaba, porque la guerra de maniobras consistía en un procedimiento estratégico, no en una dimensión del conflicto— las féminas iniciaron el abandono del bar.

Advirtiendo el hecho, Acapulco solicitó al Alemán una “acción urgente”. Ante la situación, el Alemán sólo atinó a decirle a la “fragata” más cercana: ¿eso que se lleva, no es mío?

—¿Qué cosa?, respondió ella intrigada.

—Mi corazón, respondió el Alemán, riendo... mientras ella, sonriendo y tomando de la mano a su amiga iniciaba el retorno...
